

LOS SEPULCROS DE MONTSERRAT (1509)

VIAJO DE MADRID a Barcelona para buscar sepulcros. Tomo el primer tren de la mañana, cargado de señores trajeados que hablan por el móvil de expedientes de regulación de empleo y de fútbol. Me recuerdan mi vida anterior, y quién sabe si la que me espera en el futuro, pero ahora disfruto de este presente con jersey de cuello de pico. Durante el trayecto pienso en Ugo Foscolo y en su *Dei sepolcri: A egregie cose il forte animo accendono/ l'urne de' forti*. En tiempos del poeta el ocupante francés decretó que se enterrase a todos por igual, acabando así con los sepulcros que honran la memoria de los muertos. Frente al tosco igualitarismo de los revolucionarios, que suelen esconder una pesadilla en su zurrón, a Foscolo le repugnó que ladrones y grandes hombres compartiesen la misma fosa. Los

mejores tienen derecho a ser recordados, a servir de ejemplo a los que llegan humildemente a su tumba buscando una guía, una luz. Comparto su visión cuando escribe que los sepulcros son monumentos que reúnen virtud y piedad. Hoy muchos prefieren que los incineren cuando llegue su hora, y algunos estipulan que sus cenizas se esparzan por el mar o en un río. Quizá sea lo más apropiado para unas vidas sin brillo que no merecen otra recompensa que el olvido. Pero en el siglo xv los mejores aspiraban a la fama entendida como excelencia, creían en la inmortalidad del alma y en legar sus proezas a la posteridad con magnificencia. La Edad Media y sus temores quedaban atrás, el hombre renacentista se sentía en el centro de la creación y dueño de su destino. Ningún lugar más propicio para cumplir ese destino que Italia, que para la Corona de Aragón fue el sur de Italia. Llego a la estación de Sants en Barcelona y me recibe una humedad pegajosa casi napolitana. Fernando de Aragón ya era rey de Sicilia cuando se casó con Isabel de Castilla y tuvo siempre el Mediterráneo como horizonte. Su primer aldabonazo fue la expulsión del turco en Otranto (1480), cuando avisó a Europa de que un día haría valer sus derechos sobre Nápoles como sobrino de Alfonso el Magnánimo. Cuando el rey francés Carlos VIII ocupó Nápoles en 1495, Fernando envió a Gonzalo Fernández de Córdoba, que cambió para siempre el arte de la guerra y sentó en esos territorios las bases del ejército imperial. Entró en Nápoles en 1503 después de sus victorias de Seminara y Ceriñola, y con la campaña en el río Gare-

llano se ganó para siempre su sobrenombre: el Gran Capitán. Pero los tiempos eran convulsos, murió Isabel la Católica y Fernando pactó con el rey francés para conservar Nápoles. Se casó con Germana de Foix, a la que Luis XII había cedido sus derechos a la mitad del Reino de Nápoles, y viajó en 1506 a la capital partenopea. El caprichoso destino quiso que durante ese viaje se enterase de la muerte de Felipe el Hermoso, lo que le volvía a acercar a Castilla. Cuando Fernando llegó a Nápoles ya no era tiempo de conquista, sino de administración. Le incomodaba entonces el Gran Capitán y escogió a sus peones para la nueva etapa. Nombró virrey a Juan de Aragón, conde de Ribagorza, el poder marítimo estaba en manos del almirante catalán Bernardo de Vilamarín y la administración la controlaría un nuevo órgano, el Consejo Colateral, en el que colocó, entre otros, al jurisconsulto Jeroni Descoll. Para recordar a estos tres hombres he venido a Barcelona. Desde la estación de Sants voy a la plaza de España, donde un tren de cercanías me lleva hasta Monistrol. El abate Ponz cuenta en su viaje que se le hizo de noche llegando a este pueblo y tuvo que subir a oscuras la peligrosa cuesta hasta el monasterio, lo que le *fastidió infinito, pues me privaba de ver los verdores de que están revestidas aquellas eminencias por aquel lado, como después reconocí desde lo alto la mañana del día siguiente*. Yo en cambio subo confortablemente con el tren cremallera que bordea la montaña hasta Montserrat. Allí está la imagen sagrada que veneraron los aragoneses que viajaban al otro lado del Mediterráneo, que era

todavía el otro lado del mundo. Juan de Aragón nació en Benabarre y se crió con Fernando el Católico, fue virrey de Cataluña, devoto de esta Virgen de Montserrat y durante un breve periodo (1507-1509) virrey de Nápoles. Parece que tenía escasas dotes políticas, pero le dio tiempo a empaparse del humanismo que le llevó a encargar el monumento funerario que encuentro en el atrio de la basílica monserratina. Un arco de medio punto enmarca su figura genuflexa y orante, y nos recuerda que la muerte es un paso. Lo rodean columnas estriadas y decoradas con motivos guerreros. Bernardo de Vilamarín, almirante del Reino de Nápoles y conde de Capaccio, yace en cambio dormido. Con la cabeza apoyada en el yelmo y el semblante sosegado parece feliz, vestido con armadura y la espada calada. Unos angelotes tridentíferos juegan en lo alto con unos delfines para recordarnos su vida en el mar. Un lema recorre la urna funeraria sobre la que descansa: VIXIT UT SEMPER VIVERET. Vivió para vivir siempre. Ese era el signo de sus tiempos. Ganarse la posteridad con las obras. Lograr la fama, erigir un sepulcro magnífico, atravesar las tinieblas de la muerte con las hazañas de una vida plena. Qué lejos de nosotros, hijos de Rousseau, obsesionados con la sinceridad, con los sentimientos, con el *yo soy así y no puedo cambiar*. Los aragoneses que viajaban a Nápoles no conocían ese solipsismo paralizante. Una larga cola rebasa los sepulcros para visitar a la Virgen, pero las miradas apresuradas de los devotos apenas reparan en estos dos sepulcros. Pienso en la sociedad que hizo posible estos monumentos, en personajes como Giovanni

Pontano, el humanista que llegó a Nápoles con Alfonso el Magnánimo y a finales del siglo xv leyó con mirada renacentista la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles para legitimar las acciones de los príncipes de su tiempo. En su tratado *De magnificentia* citó expresamente los sepulcros entre las obras propias del hombre magnífico, ya que *tienen el poder de exhortar a la virtud y a la gloria, especialmente cuando se dedican a hombres beneméritos*. Una sola pregunta retórica de Pontano es suficiente para mostrarnos el andamiaje ideológico de los mausoleos que tengo ante mis ojos: *¿qué hay más útil y decoroso para los ciudadanos, en una ciudad virtuosa, que honrar por sus grandísimos méritos a los que la generaron, cuidaron, educaron, e invitar a otros, a la humanidad entera e incluso a la posteridad, a seguir su ejemplo?*¹

De vuelta a Barcelona me dirijo al Museo Diocesano junto a la catedral, donde deberían custodiar el sepulcro de Jeroni Descoll, el jurisconsulto catalán que vivía en Posílipo. Pero a la entrada me dicen que esa pieza no está expuesta. Tomo ya de noche el tren de vuelta a Madrid. Paso por Calatayud, es tarde y solo veo farolas encendidas. Ni rastro de Marcial, el vecino de estas tierras que cantó en uno de sus epigramas la belleza enterrada por el Vesubio: *Todo yace sumergido por las llamas y las tristes lavas: ni los dioses habrían querido que se les hubiera permitido esto*.

1 *Quid enim civibus ipsis aut utilius aut decentius quam, in qua urbe suus est virtuti locus, eos qui genuerint, aluerint, instruxerint, ut optime meritos honoribus suis prosequi, aliosque e posteritate etiam ipsa universaque civitate, de ipso denique hominum genere ad hoc ipsum invitare? (De magnificentia)*